

ridad de esta vida de Nazareth todo está cubierto con un velo, á excepcion de este rayo de sabiduría que el Verbo Eterno deja escapar en medio de los doctores, como para iluminar el horizonte de las inteligencias debilitadas, y preparar los ojos de su patria al sol del Evangelio.

Parece que en este intervalo de la vida de María, hasta la predicacion de su Hijo, época perdida para el mundo, pasó esta los dias mas apacibles y tranquilos, al lado de su Hijo, el cual, al paso que la iniciaba gratamente en la profundidad de los misterios divinos y en las grandezas de su mision augusta, gustaba tambien que su propia alma reflejase humanamente las dulces y eminentes virtudes de María, dejando y complaciéndose en que esta Madre purísima amoldase su tierno corazon á las suaves y compasivas afecciones hácia la inocencia, la niñez, la debilidad, el desamparo, y sobre todo hácia el pecador arrepentido: como el cielo que se place en embalsamarse con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Si alguna vez en estas mútuas confianzas hablaba Jesus de tormentos venideros, anublábase por un momento la pura frente de la Madre con el recuerdo cruel del santo viejo. Pero bramaba aun de léjos la tempestad, y tal era el embeleso de Jesus, que una sola de sus miradas volvía la serenidad en el semblante de María. Entre las dulcísimas delicias del amor maternal percibíase siempre en el fondo del alma un eco lejano de dolor, para darnos á entender que aun en las mas puras y léjítimas alegrías de la vida debemos de percibir una gota de amargura que queda siempre en el fondo del cáliz de nuestros placeres.

Parémonos un momento empero, en considerar la simplicidad de la vida de María en el pobre albergue de Nazareth, de la cual las almas piadosas y meditativas han sacado ricos tesoros de edificacion y de doctrina. María pasa allí una vida comun, una vida oscura y oculta, una vida laboriosa, y al mismo tiempo una vida la mas santa, la mas grata á Dios que haya llevado criatura alguna sobre la tierra. Estamos tan acostumbrados al ruido del

mundo, que hasta la santidad nos parece mas elevada cuanto mas brillante, y nos cuesta trabajo el separar de lo sumo de la perfeccion la idea del aparato y del estrépito. No es preciso, por cierto, que se descorra á nuestros ojos el velo de lo futuro, ni que las leyes de la naturaleza se alteren á nuestra voz, ni que, como águilas de inteligencia, remontemos el vuelo del pensamiento á regiones desconocidas, ni que el Señor nos llame á la profundidad de los desiertos para hacernos padres de grandes pueblos, para ser gratos á su presencia. En el fondo del alma tiene cada uno el principio de santidad y de verdadera gloria.

María lleva una vida comun, y está tan contenta en llevarla, que la prefiere á todo lo singular y extraordinario. Pasaron ya las revelaciones y los milagros: ella ha vuelto á entrar en el orden comun, y por ello se felicita. María ya no recibe mensajes del cielo; ya no suscita Dios para ella Elisabeths, Zacarías y Simeones, que le descubren sus altos destinos. Héla convertida ya en una simple mujer que cuida de su casa en una aldea. Su oracion es tan sencilla como sublime: ella misma ignora lo que allí pasa, y ni aun se permite reflexionar sobre ello. Cuanto mas sensible es el recogimiento, tanto mas percibe y gusta la presencia de Dios. Ruega siempre, pero con el corazon, ni nada de notable se observa en sus ejercicios de piedad. Las otras mujeres que la visitan, nada ven en ella que les llame la atencion para exclamar: Hé aquí una mujer extraordinaria; y si María hubiese sido capaz de complacerse en algo, se hubiera complacido en esta vida comun que la confundía con la multitud. María, por fin, llevaba una vida laboriosa. No hemos de figurarnos que María estuviese siempre en oracion, ni abismada en éxtasis contemplativos. Léjos de ella aquella muelle y ociosa piedad á que se dedican tantas mujeres ricas, enemigas del trabajo, porque no lo necesitan para vivir. María no tenia tiempo para orar así, y cuando niña, en el templo, podía dedicarse mas á la contemplacion que ahora que se halla ya ser Madre de Dios. La manutencion y el aseo de su Hijo y esposo y el arreglo de la casa le absorbían gran parte del dia; pero

en su trabajo, que era casi continuo, no perdía la presencia de Dios ni la paz del corazón que es la felicidad del justo, y consagraba á la oración los momentos que tenía libres. La santidad no descuella siempre en el mundo como los cedros: á veces corre silenciosa como el arroyo que refleja la luz del cielo, deslizándose en los plateados hilos por entre la yerba de los prados.

Es comun opinion que Jesus se hallaba á los 29 años de su edad, cuando el varon justo y puro que fué escogido para esposo de la Virgen María, dejó esta tierra, sostenido en sus últimos instantes por aquel cuyos primeros pasos habia guiado y de cuya infancia habia sido protector. La muerte, pues, vino á diezmar esta santa familia; y el patriarca, reflejo puro de las antiguas costumbres, y de la fé y sencillez de Abraham y de Jacob, durmióse dulcemente en el ósculo del Señor, entre los brazos de su Hijo adoptivo y de su casta esposa. Sin duda que espiró José en aquella paz traída del cielo que los ángeles anunciaron sobre el peschre del Salvador en Belen, y por esto se le invoca por todo el pueblo cristiano como el poderoso interceser para una muerte feliz, y es en la iglesia el objeto de un tierno y respetuoso amor. El Señor quiso cortar el hilo precioso de esta vida cargada de méritos y virtudes, y ahorrar al que habia tomado como padre los prolongados martirios que le aguardaban en la persecucion y muerte de Jesus, el amado de sus entrañas. Las dos víctimas quedaban en la tierra, Jesus y María, para sufrir los rigores de la grande expiacion que habia de salvar el mundo.

El hijo ilustre de David murió sin que el mundo apenas lo percibiese: sus funerales fueron humildes como habia sido su fortuna. La muerte de los potentados de la tierra es fastuosa como el orgullo de su corazón, pero ¿quién de los ricos de la tierra moria entonces con esperanzas tan magníficas mas allá de la tumba? El llanto de María, derramado sobre el féretro de José, y el Hijo de Dios presidiendo el sencillo duelo, pregunta Orsini, y con razon, ¿qué emperador obtuvo jamas tales exéquias?

María, probada ya por esta pérdida sensible, debia muy presto

prepararse para otros dolores. Llegado habia el tiempo en que el Hijo de Dios iba á esparcir su doctrina, y á provocar aquellas contradicciones henchidas de odiosa envidia, que el viejo Simeon habia predicho. Jesus, despues de haberse despedido tiernamente de su santa Madre, á la cual descubrió el ministerio público que iba á ejercer, salió de Nazareth para las orillas del Jordán, á recibir el bautismo de manos de su precursor, y á empezar por el ayuno y la oración su predicacion evangélica. Figúrense las almas sensibles lo que sufriria la de la mas amorosa de las madres en tan amarga separacion. Jesus, lanzado sin apoyo, sin recursos, en medio del mar tormentoso del mundo judáico, en donde habian naufragado tantos y tan ilustres profetas, entre las envidias, los odios, las venganzas de los magnates y doctores, y los caprichos de un monarca sanguinario! Dejó partir á Jesus arrancándosele el corazón: mostróse docil á las órdenes del cielo; pero su alma estaba dilacerada de dolor. Ausente Jesus, empezó á probar bajo su techo solitario aquella soledad cruel que oprime, como un peso sofocante, todos los momentos de la vida, y no deja ni aun el sueño; soledad de sobresalto y de zozobra por el peligro que corre el bien que se ama; soledad precursora de la que habia de abismar en un mar de angustias su alma bendita, cuando debió llorarle abismado en el desierto del sepulcro, así como le lloraba entonces hundido en la soledad de las montañas.

“Prolongóse la ausencia de Cristo, dice Orsini: la Virgen supo que se habia internado en las altas y estériles montañas inmediatas á Jericó, para prepararse á la grande obra de la salvacion del mundo con el ayuno, la meditacion y el ruego. ¡Cuánto debió padecer al pensar que Jesus iba errante por una region silvestre y desolada, en que el águila encuentra apenas una mata de musgo para su nido, en que los senderos corren entre precipicios cuya profundidad ocasiona vahidos, y en que todo es piedra y fuego! ¡Qué angustia cuando la tempestad bramaba á lo léjos! ¿Dónde estaba Jesus, qué hacia solo y sin abrigo en la montaña? Ningun medio de salvarse, si le resbalaba el pié á la orilla de un abismo;

ningun socorro, si durante este ayuno tan completo, tan largo y tan desproporcionado á las fuerzas de la naturaleza, caia de flaqueza en el camino! Estos cuarenta dias fueron para María cuarenta siglos: para la inquietud maternal cada minuto pasado en esta zozobra, es una dolorosa eternidad. Pero Jesus volvió á Nazareth con sus discípulos, y su presencia hizo renacer la calma en el corazon aflijido de su Madre."

Poco tiempo despues se celebraron unas bodas en Caná, pequeña aldea situada sobre los confines de la Galilea y de la Fenicia. Como los esposos estaban unidos con la Santa Virgen con vínculos de parentesco, la convidaron junto con Jesus y sus discípulos. Los convites de regocijo léjos de estar prohibidos, son conciliables hasta con la santidad, y hay circunstancias, tales como las de una boda y otras semejantes, en que Dios las autoriza. El las bendecirá, derramando sobre los convidados una dulce é inocente alegría, si les acompañan el temor de Dios, la pureza de intencion, la moderacion y el decoro. ¡Cuán edificante y santo debió ser este festin de bodas á que asistieron Jesus y María! Las comidas, destinadas á estrechar mas las mútuas relaciones de los hombres, son una de las circunstancias de la vida en que deben reinar mas la caridad y la cordialidad. Distínguense allí fácilmente las almas rectas y sencillas, portándose con una santa libertad, con una abertura de corazon y una afabilidad tan modesta, que son el fruto de su union con Dios, y de la paz íntima de que disfrutan.

Tanto la Madre como el Hijo creyeron deber aceptar aquella invitacion cordial, y la solicitud de María se anticipó hasta ayudar á los preparativos del convite que, segun las costumbres del país, se celebraba con alguna magnificencia. Pero, segun parece, la familia no era muy acomodada, y por una de aquellas imprevisiones tan fáciles en semejantes casos, ó por ser la reunion mas numerosa de lo que podia presumirse, quedó ya agotado el vino mucho ántes de concluirse el banquete. Jesus acababa de entrar, seguido de cuatro de sus discípulos, Pedro, Andrés, Felipe y Natanael, jóvenes pescadores á quienes habia inspirado la confianza

de su mision. María conoció, por una señal, el apuro en que se hallaban los dos esposos, y acercándose disimuladamente á Jesus, le dijo llena de bondad, en voz baja: "No tienen vino."

Observemos aquí por un momento la atencion y la caridad de María. Repara ella que el vino falta á los convidados; y para ahorrar á los dos esposos el bochorno que esta falta debia naturalmente causarles, lo advirtió á su Hijo, el cual por su omnipotencia, se hallaba en disposicion de suplir aquel defecto. Le pedia un verdadero milagro, y no podia con mas reserva manifestarle su deseo. Ya sabia Jesus, ántes que ella se lo advirtiese, que faltaba el vino: ni tampoco se lo decia ella para advertírsele. El sabia tambien, ántes de abrir ella la boca, cuál era su deseo, pues él mismo se lo habia puesto en el corazon, y no le pidió ella un milagro sin una inspiracion particular. Sabia él, en fin, que haria aquel milagro y que satisfaria el ruego de su Madre. Necesarias son estas observaciones para juzgar, como se debe, de la respuesta que le hizo.

Respondióle Jesus con voz baja y acentuada: "¿Mujer, qué hay de comun entre vos y yo? mi hora no ha llegado todavía." Esta contestacion de Jesus á su santa Madre debió ser *aparte* y entre los dos solos, lo cual se echa de ver por el tenor de la narracion evangélica. Parece en efecto imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta enigmática á su Madre, pues los convidados, que no estaban en el secreto, la hubieran mirado como muy dura para María: á mas de que los criados, al oir lo que les dice la santa Virgen, y al obedecerla desde luego, ignoran absolutamente la negativa aparente del Salvador. Sin embargo, ¡qué dura parece por parte de su Hijo semejante respuesta! ¡qué humillante para una Madre! Pero al profundizarla, la especie de escándalo causado al principio, se convierte en instructiva edificacion. ¡Un hombre Dios, hablar así á su Madre en una ocasion de publicidad, y mortificarla tan sensiblemente cuando ella recurre á su omnipotencia y á su bondad en favor de aquellos mismos que le habian convidado! Mas él le hablaba así, precisamente porque era Hom-

bre Dios, y porque era su Madre. No debemos creer que le quisiera inerepar el haberle pedido un milagro fuera de propósito, pues estaba resuelto á obrarlo; ni que desaprobaba el que ella interpusiese su autoridad, pues no era posible hacer uso de ella con mas circunspeccion. No, no fué culpable María á los ojos de su Hijo, ni de indiscrecion ni de imperfeccion alguna, ántes bien aprobó y accedió interiormente á la súplica que ella le hacia.

¿Por qué le habla, pues, con tanta aspereza? Por una razon, que ella misma comprendió sin duda perfectamente. Llamando mujer á su Madre, y preguntándole qué habia de comun entre los dos, dió muy claramente á entender que si era hombre, era tambien algo mas que hombre; que bajo este último respecto su Madre no le era nada, y que nada de comun habia entre los dos; queria darle á entender que como á Dios nada le debia, que no tenia sobre él autoridad alguna, ni aun por vía de súplica, y que si le concedia un milagro, era una pura gracia que le hacia como Dios, y no una deuda que le pagase como hombre, no teniendo ni aun él como hombre, el poder de hacer milagros: que él no era árbitro de sus acciones, que dependia de su Padre, y que la obra en la cual habia de obrar, estaba señalada; que debia sujetarse á este decreto, y que no haria milagros por su voluntad humana, sino solamente por las órdenes de su Padre, motivo por el cual en vano se le pedirian milagros, tanto por curiosidad como para experimentar su poder, á la manera que lo hicieron despues los fariseos; y que los mismos que obraria no los concederia sino á la fé sobrenatural inspirada por el Padre. Quiso por fin poner en prueba la virtud de su santa Madre, y ántes de concederle un favor, que no era para ella, hacérselo merecer por medio de la humillacion. Cuando le dijo: *Mi hora no ha llegado todavía*, es como si le hubiese dicho: No ha llegado mi hora para los demas, pero ha llegado para vos: vos estais á otro nivel que los demas, y como Madre mia, teneis privilegios que no tienen los otros. Este sentido de su respuesta se hace evidente por el milagro que siguió despues.

Así que, no quedó burlada la esperanza de María. Por me-

dio de una luz que solo á ella era dada, entendió perfectamente la respuesta de su Hijo, y segura de que no seria desoída, con aquella fé firme que sacaria los montes de sus quicios, acercóse á los criados, y les dijo con suavidad: *Haced lo que os diré*. No vacileis y vereis un efecto de su poder. Habia allí grandes cántaras de piedra que servian para las purificaciones. Dos de ellas hemos visto en el soberbio edificio de San Lorenzo del Escorial. Por orden de Jesus las llenaron hasta el borde de agua, y al momento se convirtió ésta en esquisito vino.

El primer milagro, pues, que obró Jesucristo, le hizo á instancias de su Madre, despues de haber probado su fé y su humildad. Muy frecuente es en Dios el hacer ostentacion de su poder á ruego de las almas elegidas, pero casi siempre se los hace comprar, por decirlo así, esto es, convierte estos milagros en su propia santificacion. La fé humilde y perseverante que se les arranca en cierto modo, le es infinitamente agradable, y no se los puede negar, porque no vé peligro alguno en concedérselos. Nada pidamos á Dios temerariamente, mas cuando tengamos motivo para creer que él mismo nos inspira nuestra demanda, y que en ello va su gloria, seamos firmes en nuestra fé, como María; soportemos con humildad estos aparentes desaires; no dudemos de que seamos oídos y lo seremos en realidad.

Jesus quiso, pues santificar el matrimonio honrando las bodas con su preseneia; y de otra parte, haciendo brillar su poder, dió á cuantos le rodeaban una prueba de una mision ratificada por el cielo. Y si esta primera ostentacion de su poder fué obrada á súplicas de su augusta Madre, sirvió tambien como para manifestarnos que por su medio podriamos obtenerlo todo.

Este milagro de Caná, dice Orsini, fué seguido de muchos otros, que marcaron con el sello de la divinidad la sublime y providencial mision del Salvador. A su voz las tormentas se aplacaban; las enfermedades humanas desaparecian; los demonios eran arrojados á su oscuro reino; los cadáveres salian del sepulcro, y do quiera se fijaba la huella de sus benditas plantas, se aliviaban y

calman los dolores del alma y del cuerpo. Venian á él de Sidon, de Tiro, de la Idumea y de la Arabia, y multitud del pueblo, agrupándose á su paso, besaba la orla de sus vestidos, y le pedian con toda humildad la salud y la vida, dones que solo un Dios puede dispensar con la fé suficiente para lograr la curacion.

Los tres años y poco mas de la predicacion de Jesucristo fueron un tiempo de prueba para su Madre. El la dejó para no ocuparse mas que en la gloria de su Padre, en las funciones de su ministerio, en la instruccion de sus discípulos y del pueblo. Durante este tiempo, olvidó por decirlo así, á María, no teniendo ya con ella conversaciones, como si fuese para él enteramente extraña. Mas si la habia dejado como hombre, estaba siempre con ella como Dios, obraba de continuo sobre su corazon, y le enseñaba á espiritualizar y á divinizar el afecto que ella le tenia. La privacion de su presencia sensible era para ella una pena, pero léjos de ser una pérdida, era para ella un sacrificio que la engrandecia á los ojos de Dios, pues por su medio se iba mas y mas santificando. Convenia que ella siguiese á su Hijo en sus viajes, y que estuviese en compañía de las otras mujeres, de que habla el Evangelio, que la asistiesen con sus bienes. María de Cleofas, madre de Jaime, de Simon, de José y de Júdas, vulgarmente llamados los *hermanos del Señor*; Salomé, madre de los hijos del Zebedeo á quienes preferia el Salvador; Susana, esposa del mayordomo del Tetrarca, y algunas Galileas ricas que se habian despojado de sus bienes por Jesucristo, componian el séquito de María: últimamente aquella noble judía, tan célebre por su hermosura como por su penitencia, que siguió al Señor hasta mas allá del sepulcro. Estas mujeres cuidaban sin duda tambien de María, la cual, habiendo perdido á José, no tenia otro recurso para vivir, y nada le privaba de acompañar donde quiera á su Hijo, no teniendo ya casa que cuidar. Seguía, pues, á Jesus, y Jesus, en cierto modo, la evitaba. Desde las bodas de Caná hasta el momento que precedió á su muerte en la Cruz, no leemos en el Evangelio que la ha-

blase una sola vez: vemos al contrario, que en ciertas ocasiones afectaba desconocerla, aun públicamente.

Durante este fatigoso período ¡cuánto tuvo que sufrir el corazon de María! Los prodigios que obraba Jesus excitaban contra él la envidia y la maledicencia, y su doctrina pura y divina, que fluía de sus lábios como un celeste rocío, le concitaba el ódio y la persecucion de los falsos sábios. Su ley, aunque suave y consoladora, atacaba de frente la hipocresía, la avaricia, el orgullo, la sensualidad: los fariseos, los saduceos, los doctores de la ley, los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, divididos en creencias y en intereses, se unian tan solo en su ódio al *Galileo*. Le trataban de impostor, de samaritano, de loco, atribuyendo sus milagros, ya que negarlos no podian, al poder de Beelzebú. María, asustada con esos vagos rumores, la llenaban de sobresalto, como los lejanos bramidos de una tempestad que se iba agrupando sobre la cabeza de su Hijo divino, y que al fin habia de estallar de un modo funesto.

Parece que Jesus y María habitaron por algun tiempo en la Galilea junto al lago de Tiberiádes; pero muy pronto pasó Jesus á Jerusalem, para la fiesta de Pascua: despues recorrió la Judea, esparciendo á lo léjos su doctrina, apoyada por sus milagros y sus virtudes. Y aunque el Evangelio no señala que María le acompañase en sus laboriosas correrías, no obstante como se dice que muchas santas mujeres de Galilea seguian al Salvador, para cuidarle, puede muy bien presumirse, con la mayor parte de los antiguos, que María estaba á su frente, pues, ¿quién mas digna de este honor, ni quién cuidaria con mas tierna solicitud? Y en esta piadosa tradicion se funda lo que acabamos de referir con respeto á las mujeres que acompañaban á María en los viajes y predicacion de Jesus.

Estaba predicando un dia en la Sinagoga en medio de un auditorio atento y respetuoso: llegaron con su Madre sus primos los nazarenos, é hicieron saber deliberadamente al Salvador, que sus hermanos y su Madre estaban fuera y que pedian por él. Jesus

los estaba instruyendo con tal ardor, que deseñaba el tomar alimento, y hasta se esparció la voz de que había caído de desfallecimiento. La santa Madre y sus parientes habían venido á buscarle para sacarle de en medio de aquella multitud en que les parecía que su vida corría algún peligro. Y no pudiendo acercársele, le hicieron advertir estaban allí y que deseaban hablarle. Pero respondió Jesus, dirigiendo sus miradas á sus numerosos discípulos: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios, y que la practican," dando á entender con estas palabras, que el título mas honorífico á los ojos de Dios y el que es fundamento de todos los demas, es el cumplir su voluntad adorable. Como si dijera: ¿Qué quereis significar con esto? No conozco á mi madre ni á mis hermanos segun la carne. No es este el momento de reconocer á los que me están unidos por la sangre, ni de conversar con ellos. Así anunciaba al pueblo su naturaleza divina y su generacion eterna. Declaraba que sólo había venido á la tierra para hacer saber á los hombres la voluntad de su Padre, y mostrarle el modo de cumplirla, y que pertenecer á Él segun la carne no era un mérito; que no hacia el menor caso de esta alianza, y que era menester pertenecer á Él segun el espíritu, conformándose con la voluntad de su Padre celestial. Mas esto era el mayor elogio que podía de hacer de María, por cuyo medio expresaba cuánto la queria y hasta qué punto le estaba unida espiritualmente, pues sabia que desde la infancia había cumplido perfectamente la voluntad divina. Así que, María nunca fué reconocida de un modo mas sublime y excelente por la Madre de Jesus, como en esta ocasion, en la cual parece confundirla con sus discípulos y con cuantos creyesen en Él. Verdad es que esta maternidad espiritual le es comun con todos los verdaderos fieles, y que la maternidad corporal es su único privilegio. Mas tambien es una verdad que aun en el órden espiritual ella es Madre de Jesus de un modo peculiar á ella sola, y esto constituye su mérito y su gloria, y lo que Dios alabó y recompensó en ella, y no la calidad de Madre del Verbo encarnado.

La misma doctrina proclamó Jesus en una circunstancia célebre. Acababa de dar con sus milagros la prueba de su divina autoridad, y la había puesto en evidencia por unos racionios tan llenos de sabiduría, que una mujer levantando la voz en medio de la multitud, exclamó: "Bienaventurado el seno que os llevó, y los pechos que os dieron leche."—"Mas felices, respondió Jesus los que escuchan la palabra de Dios y la guardan puntualmente." No porque la Virgen María no mereciese ser llamada feliz en toda la série de los siglos por haber dado á luz al que es el Verbo Eterno, sino porque ella era mas feliz aun por haber conocido, amado y practicado los documentos de este Verbo lleno de luz, de razon, de gracia y de verdad.

Pasado algun tiempo, volvió Jesus á Galilea, y allí pudo ver otra vez á su Madre, y dar á conocer á todos los siglos el verdadero título de gloria que debía recomendarla al amor y á la veneracion de todos los cristianos. Allí volvió á disfrutar de la compañía é intimidad de Jesus, allí le veia poderoso en obras y en palabras. ¡Qué dulzura para la existencia de María, si Dios no hubiese siempre reservado para su fondo una gota de dolor!

Refiere una muy antigua tradicion que María vió con sus propios ojos los malos tratamientos dados á su divino Hijo por los habitantes de Nazareth, que querian precipitarle de lo alto de una montaña. Estos eran los mas indóciles y mal dispuestos para recibir la doctrina de Jesus, y estaban ya de antemano escandalizados de lo que había de decir, ántes que hubiese abierto sus lábios. Jesus leyó delante de los ancianos y del pueblo este pasaje de Isaías: "El espíritu del Señor ha descansado en mí; por esto me ha consagrado con su unción; él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazón destrozado, para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista, para poner libres á los que sufren entre cadenas, para publicar el año favorable del Señor." Y aplicóse en seguida á sí mismo los oráculos tocantes al Mesías, con una dignidad y elocuencia que asombraban. Levantóse por toda la asam-

blea un sordo murmullo de encontrados pareceres, pues mientras admiraban unos la gracia y la fuerza de sus discursos, preguntábanse otros en tono denigrativo, ¿no es el Hijo de José? Pero Jesus, que penetraba en el fondo de su corazón pervertido, el cual tenia intencion de pedirle milagros, sin fé ántes en su palabra como los Cafarnaitas, exclamó sin emboso: "Vosotros me aplicaréis sin duda aquel proverbio: ¡Médico, cúrate á tí mismo! ¡Cuántos prodigios habeis obrado en los pueblos vecinos, como sabemos ya por fama! Obradlos, pues, aquí en vuestro país. Pero ya os digo que nadie es profeta en su patria. Y en verdad os digo tambien que, habia muchas viudas en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado por espacio de tres años y seis meses, y una hambre horrorosa desoló la tierra; y sin embargo, Elías no fué enviado á casa de ninguna de ellas, sino á la de una mujer de Sarepta, en el país de los Sidonios. Habia tambien muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y sin embargo, ninguno de ellos fué curado, y sí solamente Naaman que era de Siria."

A estas últimas palabras, encendióse el furor de los judíos de la Sinagoga, porque herian de frente el orgullo nacional y echaban por tierra sus locas esperanzas. Levantáronse en tumulto, dice el Evangelio, echaron á Jesus fuera de la ciudad y le llevaron hácia la cima de la montaña en que estaba edificada, á fin de precipitarle. "La Virgen, pues, dice el historiador de María apoyado en la tradicion, sentada en medio de las mujeres del pueblo, en una tribuna enrejada, habia observado con ansiedad mezclada de temor los progresos de la borrasca. Leia los siniestros proyectos de aquellos hombres en sus fieras miradas y furiosos ademanes; y no vaciló en arrostrar el peligro para abrirse paso hasta su Hijo. Pero las fuerzas no correspondieron á su decision generosa. Corrian los judíos, cuyos piés fueron siempre lijeros, tratándose de derramar sangre; y María, trémula como la hoja de un árbol, seguíalos á lo léjos, sosteniéndose con dificultad y sumergida en una especie de letargo. Vé á Jesus en la cumbre de la escarpada roca que parece desplomarse sobre un horroroso precipicio, y oye los

gritos de muerte; faltánle las rodillas, cubre sus ojos una densa nube; espira su voz en un doloroso gemido, y cae sin sentido en la colina."

Pero la hora del sacrificio para el Hijo del Hombre no habia sonado aún, y Jesus se revistió por un momento de su divino poder y majestad, y dejando como azorada aquella muchedumbre frenética, pasó por entre sus enemigos sin que le conociesen. Los milagros de Jesus eran de un Dios, porque los obraba segun la oportunidad, y sin aparato ni prevencion alguna. Esta vez obró uno para salvar aquella misma vida que presto debia entregar sin resistencia en manos de los hombres. Tomando despues el camino de Cafarnaum, se le reunieron su Madre, María Cleófas y los hijos de Alfeo.

Entre el escarpado monte desde donde los judíos intentaron precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth, dice Orsini, refiriéndose al P. Geramb, se ven á medio camino las ruinas de un monasterio, antiguamente poblado de religiosos, y de una lindísima iglesia, erigida por la emperatriz Santa Elena y dedicada á la Virgen con el título de Nuestra Señora del Espanto (*del tremore*). Segun algunos, María hallábase ya en este lugar cuando los judíos arrastraban á Jesus á la cumbre del monte para precipitarle. Dicen otros, que á la noticia del proyecto homicida de aquellos hombres furiosos, que habia acudido apresuradamente hácia la altura, pero llegó tarde, y sobrecogida, no pudo pasar mas adelante.

Segun afirma Eutimio, Jesus bautizó á su santa Madre en las orillas del Jordan, así como bautizó tambien á San Pedro.

La predicacion y los trabajos evangélicos de Jesus duraron tres años. En ellos encubrió su fuerza y su gloria para no deslumbrar nuestros débiles ojos, á nosotros, que no podemos mirar de frente al sol, que es su obra perecedera. Bajo tan humildes apariencias fundó una obra inmortal, puso los cimientos de su Iglesia con la eleccion de sus apóstoles y de sus discípulos, instruyéndolos en todo lo que nos importa saber: pues siendo él la